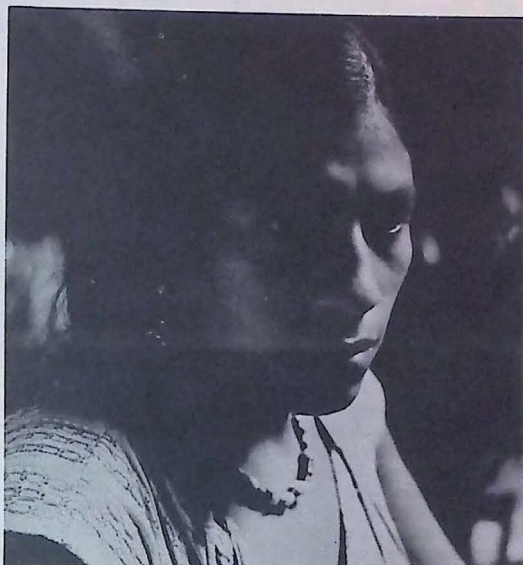


TODAS ESTAMOS DESPIERTAS

TESTIMONIOS DE LA MUJER NICARAGUENSE HOY

No es la primera vez que Margaret Randall escribe un libro acerca de las mujeres en la revolución. En México, Siglo XXI publicó *El espíritu de un pueblo: Las mujeres de Vietnam y Mujeres en la Revolución*, dos obras que son prueba del talento y del oficio de dicha periodista. Sin embargo, *Todas estamos despiertas*, que salió a la venta el 12 de diciembre de 1980, editado también por Siglo XXI, retiene más nuestra atención porque, de momento, es el único testimonio del cual disponemos sobre un fenómeno tan importante como son la integración y la participación activa de la mujer nicaragüense en el victorioso proceso revolucionario de su patria. El hecho de que la experiencia del pueblo de Nicaragua sea bastante peculiar en varios aspectos y que se haya dado en nuestro continente, en un área tan convulsionada como Centroamérica, son factores suplementarios para que nos detengamos en el libro de Margaret Randall. Nos presenta un solo lado de dicha experiencia, pero es un lado fundamental. Fundamental en cuanto nos permite apreciar, aunque parcialmente, cual ha sido el proceso de concientización de la mujer, como se vinculó la toma de conciencia, digamos, estrictamente feminista, con la toma de conciencia social y revolucionaria. Fundamental porque nos evidencia la absoluta necesidad de que la mujer se involucre en los movimientos populares de reivindicaciones político-sociales, para que su lucha específica adquiera toda la importancia que merece y no sea una lucha "paralela", sino uno de los numerosísimos aspectos por los cuales un pueblo combate en una guerra de liberación nacional.

Todas estamos despiertas, que consta de 299 páginas, es una recopilación de



unas 15 o 20 entrevistas sobre las 80 que Margaret Randall realizó en Nicaragua, recorriendo todas partes del país. La realización de este trabajo respondió a una invitación del Ministerio de Cultura nicaragüense y pudo llevarse a cabo gracias a la colaboración de la asociación de mujeres nicaragüenses "Luisa Amanda Espinoza", de la cual se habla ampliamente en la primera parte del libro, y de muchos colaboradores más. El libro está dividido en 10 capítulos más una introducción hecha por la propia periodista y un apéndice que reproduce un documento publicado en el semanario Poder Sandinista y posteriormente en Barricada, en marzo de 1980. Se trata de una breve reflexión en torno a los problemas de la estructura familiar tradicional, de las relaciones padres-hijos, y al rol de la mujer dentro de la familia y de la sociedad. La estructura sigue un orden práctica-

mente cronológico. En la introducción, se nos habla de la mujer en el seno de la sociedad indígena nicaragüense, durante la colonia y hoy en día. Esta sinopsis histórica bastante corta pretende demostrar, de alguna manera, que la participación combativa de las mujeres en la revolución proviene de una larga tradición de compromiso de las mismas en la estructura social que les correspondía, tradición truncada o modificada en parte, a partir de la época colonial. Sin embargo se resalta la importancia decisiva de la mujer nicaragüense a lo largo del período colonial hasta nuestros días, sobre todo por su papel determinante en la economía del hogar y del país. Se nos recuerda también que el Ejército de Hombres Libres contaba con muchas mujeres y que éstas fueron partícipes activos en el derrocamiento del imperialismo, por primera vez en nuestro

continente, en 1927-1934. Por consiguiente, las mujeres nicaragüenses tienen antecedentes históricos en el combate pero nunca se habían integrado tan masivamente como en el movimiento revolucionario sandinista.

En el primer capítulo, "De AMPRONAC a la asociación de mujeres", las diferentes entrevistas relatan las dificultades, las resistencias que tuvieron que vencer y los logros que obtuvieron en el largo proceso de constitución de las organizaciones de mujeres. De este primer capítulo, quizá más que de los otros, se desprende lo imperativo y decisivo de la participación directa de las mujeres en el movimiento popular y revolucionario global, a manera que su lucha no esté aislada sino inscrita, con todas sus especificidades, en la lucha de clases. A continuación, se transmite una parte de la carta que Lea Guido, militante sandinista y Ministra del Bienestar Social, mandó a Margaret Randall con el propósito de que se incluyera en el libro :

"(...) Como militante y como mujer, creo que es la vía (la militancia revolucionaria) por la cual la mujer puede luchar en una forma consistente por la construcción de la sociedad nueva, y que en ese proceso de lucha conjunta con el hombre podremos ir destruyendo las cadenas que nos oprimen.

La práctica, la actividad militante nos da a la mujer la real y total dimensión del problema de nuestra opresión, sus raíces económicas, las limitaciones sociales y las justificaciones ideológicas de ésta.

Eso nos hace entender y comprender que la liberación de nosotras las mujeres no puede ser obra única de nosotras mismas sino debe de ser en la militancia común de hombre y mujer donde noso-

por PantiXika Cazaux

tras tenemos un papel importante a jugar con punta de lanza, tomando conciencia de nuestra condición ubicándola y luchando para cambiarla."

Todos los demás capítulos son la transcripción de las múltiples entrevistas. Desde las comandantes, Dora María Téllez, Leticia Herrera, Monica Baltodano, pasando por Amanda Espinoza y sus compañeras, campesinas todas, por Daisy Zamora poeta y viceministra de cultura, por Nora Astorga, abogada y fiscal de justicia en la Nueva Nicaragua, por las "compas" de verde olivo que son las más jóvenes, las que a los 14 años se integraron al Frente Sandinista, por la hermana Marta, monja de Matagalpa que siempre, con sus armas, apoyó y participó en el movimiento revolucionario, por Gladys Báez quien sobrevivió (y, de qué manera !) a la tortura desafiando a todos los médicos que la condenaban, y por muchas más, tenemos un abanico de sectores sociales, edades y grados de integración política y militante muy amplio. Nos permite, por lo tanto, formarnos una idea, más o menos acertada, de cuáles son las enormes diferencias entre el camino de una campesina y el de una intelectual burguesa, a pesar de que esas mujeres lucharon y luchan juntas por el mismo ideal. Asimismo, ellas nos narran espontáneamente y sin subterfugios cuáles fueron sus experiencias en sus respectivos frentes, sus problemas con los compañeros hombres, cuáles son sus perspectivas en cuanto al desarrollo y a la consolidación de la revolución y en cuanto al papel de la mujer en esa construcción.

Las entrevistas con las madres de algunas evidencian las modificaciones que el acelerado proceso revolucionario introdujo en las relaciones madre-hija. Desde la madre somocista que huyó a los Estados Unidos después del 19 de julio de 1979, pasando por la madre "apolítica" que, al principio, se desconcertó ante la elección de su hija para finalmente entenderla, y a la madre que teniendo una participación en un movimiento popular se sintió de pronto rebasada y cuestionada en sus

planteamientos y en su compromiso, está representada casi toda la gama. Este cotejo entre dos generaciones (podrían ser tres si se incluyeran a las "compas" de verde olivo y a los "sandinitos"), patentiza que la revolución sandinista no sólo gozó de la entrega activa de las mujeres, sino que fué también obra de la juventud. Ambos factores tienen, entre mil consecuencias, la de haber sacudido para siempre la base de la estructura familiar tradicional.

Por otra parte, según lo que cuentan las mismas protagonistas, los conflictos hombre-mujer durante la guerra no fueron muy importantes. En general, se desprende de todas que, en ese momento, no importaba al sexo sino el hecho de ser combatiente. Por supuesto, existen algunos matices, pero realmente no son muchos. El hecho de que casi todas las mujeres entrevistadas gocen de una gran responsabilidad en el proceso de construcción nacional nos permite pensar que, si se integraron plenamente a la guerra, no se las recluyó a sus hogares después del triunfo, y que su integración aún no es total, está en vías de serlo.

Sin embargo, una no se queda completamente satisfecha al cerrar el libro que se lee rapidísimo, por lo entretenido, cálido e impactante que es. La causa de la insatisfacción es algo ambigua. quizá lo más evidente para explicar ese sentimiento de "carencia", sea el hecho de que no hay por parte de las entrevistadas o a través de un documento similar al que se publicó acerca de la familia, una reflexión, un análisis de lo que cambió, no cambió o está cambiando en la relación hombre-mujer, tanto en la pareja como en el trabajo, como en la familia (padre-hija por ejemplo). Por supuesto, no se trata de un libro que busca enfocar específicamente el aspecto hombre-mujer. Las mujeres cuentan únicamente cuál fue su participación, cómo y por qué. Pocas veces nos hablan de los obstáculos, inevitables, en su proceso con respecto al hombre, de las dificultades para superar, de ambos lados, una educación y una ideología

centenares, en la guerra y , sobre todo, después del triunfo. Casi nunca tocan la problemática de la pareja, ni explican que consecuencias profundas tiene la práctica revolucionaria en esta relación concreta.

Quizá lo que nos hable mejor de esas transformaciones sea, precisamente, el relatar, sin más, lo que han hecho, hacen y harán en la Nueva Nicaragua.

Es innegable que, a través de lo que nos cuentan todas, se desprende mucho mejor que con los argumentos analíticos bien pensados, que las desgraciadamente aún manejadas ideas acerca de la inferioridad de la mujer que no puede realizar ciertos trabajos, tareas, ejercer ciertas responsabilidades, quedan totalmente fulminadas. Frente a una comandante que condujo sola tropas numerosas en acciones delicadas, ¿ quién puede atreverse a sostener que el oficio de soldado es exclusivamente masculino, que la guerra es asunto de hombres ?.

No obstante, el libro merecería una continuación, no por incompleto, sino por enriquecedor e importante para todos, hombres y mujeres, revolucionarios o no. Nos quedamos con las ganas de saber más a fondo que es lo que más ha evolucionado y como ha ido cambiando en general y en lo particular (relación hombre-mujer), la situación de las mujeres. Seguramente puede ser el tema de otro libro.

Para finalizar, quisiera citar una parte de la carta que una guerrillera sandinista, Idiana, mandó a su hijita poco tiempo antes de caer en combate. Se trata de uno de

los primeros testimonios del libro, quizá uno de los más conmovedores. Toca, sin entrar en detalles, otro problema básico que sobresale a lo largo de las páginas a través de las meras narraciones: el de la relación de las madres revolucionarias con sus hijos. Si bien la concepción es diferente a la que acostumbramos y que, a veces, puede parecernos dura, no se trata de condenarla o de rechazarla. Sería mucho más provechoso intentar meternos en el lugar de esas madres y cuestionarnos pues por ahí también, por el modo de educar a las jóvenes y futuras generaciones, para el cambio y la construcción de nuevos hombres, de nuevas mujeres. "(...) La Revolución exige todo de cada uno de nosotros y nuestro grado de conciencia nos hace exigirnos individualmente poner todo el ejemplo posible para ser más útiles al proceso.

Mis mejores deseos son que un día no muy lejano vos podés vivir en una sociedad libre donde podés realizarte como verdadero ser humano, donde los hombres sean amigos y no enemigos.

(...) Madre no es la mujer que pare un hijo y lo cuida; madre es sentir el dolor en carne propia de todos los niños y de todos los hombres y jóvenes como si hubieran salido de nuestro propio vientre.(...)"

Con todo el amor de tu madre
Idiana

Margaret Randall.
Todas estamos despiertas. Testimonios de la mujer nicaragüense hoy.
Ed. Siglo XXI editores.
México, 1980.

